

Todos podemos ser víctimas

Todos *podemos ser víctimas* (2018) es una serie realizada por Vasco Szinetar en el marco de las protestas y acciones de calles que expresaban el descontento de la población venezolana, dejando un lamentable saldo de manifestantes muertos y heridos. Con la etiqueta #PONTEENSULUGAR algunas figuras públicas tomaron posición colocando su imagen en el sitio simbólico que ocupaban las víctimas y sus familiares, un gesto solidario que humaniza las cifras e intenta visibilizar la ausencia del que ya no está y el dolor de quienes quedan.

Expuestos en las calles de Caracas, estos carteles transforman el espacio público en una galería urbana, en un lugar de sensibilización, encuentro y reflexión, desafiando la mirada indiferente que arroja la cotidianidad. Confluyen aquí la calle como ámbito social y la fotografía como soporte de resignificación y relectura de la ciudad y del país.

Del registro fotográfico y su estructuración discursiva destacan dos ideas. Por una parte, el concepto de empatía presente en el propio sentido de la imagen inicial. Definida como la capacidad que tiene una persona de percibir los sentimientos, pensamientos y emociones de los demás, basada en el reconocimiento del otro como similar, la empatía es consustancial a esta

propuesta visual en la que el fotógrafo también se ubica en el territorio significativo del otro y, al hacerlo, hace copartícipes a quienes miran la imagen. Una concatenación de posiciones y roles. Por otra parte, y centrado en el contexto venezolano, el ponerse en el lugar del otro y que además esta sea una madre sufriente, evoca el poema *Los hijos infinitos* de Andrés Eloy Blanco y nos reafirma que cuando se tiene un hijo se tienen todos los hijos del mundo. “Ellos se ponen en el lugar de María Elena Delgado, quien perdió 3 hijos en manos de la violencia”, logramos leer a pesar de la dificultad.

Un muro verde sostiene las imágenes erosionadas por la acción del sol, la lluvia y el tiempo. Lucen desgastadas como la memoria, vulnerables como los derechos, apenas reconocibles en el revoltijo de acontecimientos que superponen pesares y desplazan una tragedia con otra. La tinta corrida es la metáfora de una historia que si no se escribe, se diluye. Las grietas e imperfecciones de la pared evocan la piel de la ciudad, maltratada y herida. Después de todo “nuestras cicatrices nos hacen saber que nuestro pasado fue real” (Jane Austen).

Johanna Pérez Daza